

# Chicas EN EL PRADO



Foto Muller



Foto Muller



Foto Muller



Foto Muller

COMO las elegantes de tiempos de Larra, las dos amigas se fueron a pasear por el antiguo salón del Prado, que ahora se llama sólo paseo. En el nombre, en las fuentes y en la noble traza neoclásica del edificio del Museo, las chicas podían sentir la noble línea de tradición que perdura enlazando el Madrid de 1949, capital de España, con el de Austrias y Borbones, corte de un reino.

En el paseo del Prado, dándole el aire que antaño tuviera, de salón, estaba sentada, pero trabajando siempre, aunque en efígie, la digna estampa de Velázquez. El paseo tenía así aspecto de antesala para las chicas bonitas, que se sentían recibidas, como en la antecámara de un palacio, por el aposentador de Felipe IV.

Antes de entrar, tentaba tanto el azul, el oro y el verde tierno de la mañana en que Febrero se vestía con los colores gozosos y primaverales de la Anunciación de Fray Angélico — un trozo de Italia prendido en el Prado —, las chicas se acercaron a las bellas columnas dóricas para admirarlas componiendo, sin saber, un bello cuadro; Villanueva, el gran arquitecto madrileño, sonreiría al verlas, pensando que a su pórtico ya no le faltaban diosas vivas. Las diosas no son, en el fondo, otra cosa que bellas muchachas eternamente jóvenes, eternamente bellas.

Hay una diosa, o musa, en la fachada baja del Museo, que se llama Admiración. Es la única que está inclinada en su hornacina, como mirando, con respeto y devoción, algo. Para admirar hay que tener en la vida una aptitud a un tiempo superior y atenta, entusiasmada y juvenil.

Las chicas también admiraban, alzando alegres y curiosos ojos hacia la dama neoclásica, la que, si no fuera por el atuendo, forzosamente griego, podría pasar por una preciosa ridícula. Una de aquellas cultas damas que en el XVIII, reciente y viva la firma de Villanueva, poseaban por el salón del Prado.

Ahora, las dos chicas madrileñas, renovaban, sin saberlo, la tradición cultural de sus bisabuelas, ante el Museo del Prado. Y la otra, más reciente, instaurada por sus madres. Mañanas del Museo del Prado. Conferencias de antes de la guerra, de Cossío, de Lafuente, de Ovejero, de Tormo. Conferencias después de la guerra, de Tormo, de Ovejero, de Diego Angulo. Estudiantes, antes y ahora, de mechina revuelta, que toman apuntes y se comen el cuadro con los ojos, y damas muy bien ensombreadas, antes y ahora, que escuchan plácidamente, sin prisa. Damas y damiselas que entran a mirar y mirarse en el espejo del Museo del Prado.



Foto Muller



Foto Lara

Porque dentro, firmado por Sánchez Coello, Velázquez o Goya, se ostenta, hecha pintura, una constante española: la belleza racial de sus mujeres. Y otra constante más de la raza: la obra de los pintores, que también honra y puebla con sus universales triunfos museos de N. York, Londres, París... Y, ¿la tercera constante? La del valor español. La fiel Infantería, que aun espera firme, vencedora y cortés en el «Cuadro de las lanzas», y queda atrás hecha ceniza viva, en el mismo salón del Prado, en el Obelisco, monumento a los héroes del 2 de Mayo, entre frondas que no se marchitan y pájaros que cantan siempre.

Las chicas subían al Museo del Prado. Iban a contemplar su raza en el retrato de sus abuelas. Las mismas de los pueblos que hablan español.

EUGENIA SERRANO